

Sánchez, Juan Antonio

[Pego, Armando. Poética del monasterio]

Études romanes de Brno. 2024, vol. 45, iss. 2, pp. 244-247

ISSN 2336-4416 (online)

Stable URL (DOI): <https://doi.org/10.5817/ERB2024-2-18>

Stable URL (handle): <https://hdl.handle.net/11222.digilib/digilib.80275>

License: [CC BY-SA 4.0 International](https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/)

Access Date: 05. 08. 2024

Version: 20240801

Terms of use: Digital Library of the Faculty of Arts, Masaryk University provides access to digitized documents strictly for personal use, unless otherwise specified.

ARMANDO PEGO PUIGBÓ

Poética del monasterio

Madrid, Encuentro 2022, 265p.

JUAN ANTONIO SÁNCHEZ [juan.sanchez@ff.cuni.cz]

Univerzita Karlova, República Checa

Armando Pego Puigbó, catedrático de humanidades en la La Salle-Universitat Ramón Llull, además de ser autor de estudios de carácter filológico e histórico, como *El Renacimiento espiritual* (Madrid: CSIC, 2002), cuenta con una serie de títulos que recrean el género inventado por Montaigne, como por ejemplo *XXI güelfos*, *Teología güelfa*, *Memorias de un güelfo desterrado* (Sevilla: Vitela, 2014, 2015, 2016) o *El peregrino absoluto* (Sevilla: Cipress, 2020). *Poética del monasterio* es, posiblemente, el fruto más maduro de esa línea.

La idea del monasterio y del libro como monasterio vertebrada toda la obra de principio a fin: “Entrás, pues, en un libro como quien llama a las puertas de un monasterio. Adentro se supone que deberías encontrar silencio y soledad, entre el fragor de la batalla que contra los enemigos de su alma cada uno, a solas, autor y lector indistintamente, debe mantener sin desfallecer” (12). Y ya prácticamente terminando: “Él mismo [el libro] ha querido convertirse, por analogía, en un *monasterio*” (240). Ese monasterio-libro incluso dispone de un claustro: el capítulo “Diapsálmata” (pausas en el canto) es como una fresca bóveda interior alrededor de un jardín, para recreación y descanso del alma: “En medio de este esbozado absidiolo, vislumbro el rayo que lo atraviesa en diagonal” (170). En *Poética del monasterio* el libro es el monasterio. Pero ¿qué significa para Armando Pego en realidad “monasterio”?

Para empezar a considerar el significado de “monasterio” quizá tendríamos que preguntarnos primero por el término “poética”. “Poética” no es aquí “un conjunto de reglas y de principios extraídos de la experiencia”, sino un método, es decir, un “camino a través del que se experimentan los límites de su realidad” (253). Quizá en el fondo lo único que hace el profesor Pego es aplicar una concepción de “poética” que se remonta a Genette: “el objeto de la poética es la transtextualidad” (p. 241). Todo texto remite a otros textos. Por tanto cualquier lectura pone en movimiento todo el sistema, la red de textos dentro de la cual nos encontramos. En esa medida, toda poética es una crítica de la cultura, y eso mismo es *Poética del monasterio*: no tanto la interpretación de textos *escritos* (aunque también) como de textos *inscritos* en el espíritu del lector y que constituyen los “límites de su realidad”. *Poética del monasterio* es un diálogo con la tradición y con nuestra contemporaneidad, hecha también de textos, es decir, de discursos y de ideologías; es un análisis de la cultura en la que vivimos a partir de la herencia que hemos recibido, y es también una interpretación de esa herencia y un replanteamiento de los presupuestos desde los que la interpretamos. Debe leerse lo mismo que ciertas obras, como por

ejemplo *Presencias reales* o *En el castillo de Barba Azul*, de George Steiner, a quien Armando Pego ha dedicado numerosos estudios. Precisamente en uno de ellos nos dice que el propósito de Steiner era luchar contra la “amenaza de nuevas formas de bárbara civilización” (“La crítica de la cultura según George Steiner: del castillo de Barba Azul a Troya”. *Cuadernos salmantinos de filosofía* 47 (2020): 590). El monasterio representa, en la obra de Armando Pego, también la resistencia a esa barbarie.

Poética del monasterio no hace del monasterio su “objeto de estudio” (p. 240). No es una historia del monacato ni de un análisis de la cultura monástica. El conocimiento del autor acerca de la escolástica, la historia de la Iglesia, el origen del monacato, etc., es impresionante; basta con echar un vistazo a la bibliografía. Pero el libro no es un estudio histórico o filológico, mucho menos una obra hecha con “respeto escrupuloso a un conjunto de reglas cadavéricas” (240); es el intento de fundación de una “nueva ciudad” (24), el establecimiento de bases para la convivencia de una “comunidad creativa” (220) frente a “un desierto cada vez más tecnificado” (22), es decir, una alternativa (una crítica) frente a la degeneración cultural de las sociedades postcapitalistas.

Monasterio significa, para Armando Pego, crítica, pero no “huida del mundo”: “Huir del *mundo* o regresar al *mundo*”, dice el autor, “no constituyó su negación, sino que representa la conciencia de su insuficiencia” (19). La alternativa al “desierto tecnificado” no es utópica: el monje *permanece* en ese desierto. Es precisamente alternativa en la medida en que constata la irreversibilidad de la situación en la que se encuentra. La nueva ciudad que pretende fundar no es un país imaginario, no está fuera sino *dentro* de nuestro mundo; es una forma de estar en él.

Aunque en ese monasterio el monje vive recluso y en soledad, al mismo tiempo está pendiente de sus hermanos, es decir, de la comunidad. La forma en que se relaciona con esa comunidad tiene tres dimensiones: “la Familia, la Escuela, la Iglesia”, las cuales son habitadas por “el Padre, el Maestro y el Monje” (23). “Monasterio” no es un refugio (194). No es un techo, sino una intemperie: habitarlo significa estar expuesto. De ello se deduce un aspecto fundamental de ese estado: es imperfecto y no se basta a sí mismo. Su esencia más inherente es la *comunicación*, es decir, es una forma de *lectura* –por eso es una poética–. La experiencia del monje, tal y como la plantea Armando Pego, va mucho más allá de una mera *gnosis* (119). No se trata de una “búsqueda de sí mismo”, no se agota en la individualidad, sino que se justifica mediante el “bien de con quienes convive” (119). Como la celda de Bernardo, está abierta a una inmensa planicie (222) y, sobre todo, está “atenta” (126, 219), escucha la Palabra (22). Por eso esta poética es también una política. Necesita su *otro*.

De la constatación de que el monje no se basta a sí mismo, es decir, de su limitación, dimana la crítica de la pedagogía contemporánea, la cual está al servicio de una sociedad que se ha “precipitado a la extasiada y frustrante experiencia de la carencia de todo límite” (15). Tanto el estado de bienestar como la pedagogía moderna son dogmáticos. Para nuestras sociedades el “estado del bienestar” no solo es un ideal, es la única opción, y ese bienestar debe ser *total*. El proceso educativo no tolera un menoscabo de ese bienestar, derecho inherente del ciudadano; consecuentemente todo esfuerzo debe quedar excluido. Pero como la única forma de aprender es esforzándose, y el esfuerzo acaba con el bienestar, el sistema educativo renuncia a que el estudiante aprenda, es decir, que adquiera conocimientos. Los neopedagogos, en palabras del autor, “además del desprecio de la memoria, aseguran que es preciso sustituir los conocimientos por las competencias” (91). Parecería que su sana pretensión es desterrar una decimonónica educación represiva. Pero Foucault advierte que el poder es siempre represivo. Y este también lo es. Una nueva ideología represivamente satisfecha de sí misma y que niega toda diversidad, porque no acepta su *otro*, pretende “sustituir la adquisición de conocimientos por la

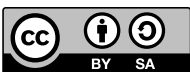
multiplicidad de procedimientos metodológicos que ocupen casi todo el tiempo” (86), lo que supone una nueva tiranía al servicio de los nuevos ídolos. La sustitución del conocimiento por la adquisición de destrezas y competencias impide que el alumno aprenda, pero le será muy útil para ingresar en el mercado de trabajo.

Frente a ello, la resistencia del monasterio propone un modelo educativo (una poética) basado en la consciencia de la Caída y la experiencia del límite abierto a su otredad. En diálogo, permanentemente a la escucha, el padre/maestro/monje, desde su celda, se encuentra en la postura de uno que espera que algo suceda. El verdadero aprendizaje debería ser como la esperanza de un advenimiento que no podemos prever, lo mismo que el padre no puede anticipar lo que va a ser su hijo. Aguardando a que suceda ese advenimiento, que cada uno debe hacer suyo viviéndolo, todo dogma se desfonda. En el espacio del monasterio no se dispone de seguridades. La fe orienta, como un faro, el quehacer del monje, pero la fe “se acrisola en la duda” (235). La sociedad contemporánea es tan dogmática como cualquiera; sus dogmas son la tecnología y la productividad, y son intocables. La pedagogía que sirve a esa sociedad es asimismo dogmática: conoce de antemano el resultado que debe producir. Solo es un método de adiestramiento. Frente a ello, la educación que propone el monasterio es un proceso que no acaba y cuyos resultados no se conocen. El lector de *Poética del monasterio* escucha, por boca de Sócrates, cuál es la esencia del aprendizaje “el saber del maestro nunca es lo que colma la carencia, sino más bien lo que la preserva” (85). La educación no es enseñanza de consignas o de técnicas, sino que “exige una *transferencia*” (85): es una experiencia en diálogo. No es adquisición de destrezas, porque nunca seremos *diestros*, sino un proceso en que el maestro y el discípulo, ambos, se transforman en el esfuerzo por aprender.

El monje, que no da la espalda al desierto tecnificado, sino que recorre ese páramo a la escucha, sabe que su experiencia está limitada, que es finita. Pero, por otra parte, su celda está abierta a lo ilimitado. En relación con ello se manifiesta otro aspecto fundamental de la poética del monasterio: se justifica solo escatológicamente. Como dice el autor, se trata de una experiencia que “no se agota aquí y ahora” (63). Quien no tenga esto en cuenta no podrá entender adecuadamente (a mi modo de ver) la poética del monasterio de Armando Pego. La clave de su sentido es que no es un programa que se baste a sí mismo. Poética se convierte en política, pero política se convierte en teología. La experiencia humana de la familia, del lector, del cristiano está abierta a algo que lo supera: el padre debe reconocer la libertad del hijo, el lector la infinita interpretabilidad de los textos, el cristiano la impredecible actuación del prójimo, la presencia del mal en la historia y la gratuidad del amor. En todo ello se muestra la Gracia como naturaleza inherente al mundo: ese es su estado de no-clausura. El monasterio, cuya celda está abierta al páramo, es precisamente de no clausura porque espera una revelación. Frente a ello, las sociedades contemporáneas, como un sistema totalitario, exigen una “transparencia absoluta” (203), una transparencia en la que nada puede aparecer, solo su propio vacío.

Frente a la autocomplacencia y la autoindulgencia de nuestros modelos ideológicos, el monje de Armando Pego habita el descanso sabático, concepto al que se dedica todo el capítulo VI, y que es fundamental y compendia toda la filosofía del libro. El sábado es el día después de la historia, es decir, después del mundo, pero todavía no es el domingo de la gloria. “María Magdalena y María la madre de Jacobo y de José” (Mt, 27, 56) esperan frente al sepulcro de Jesucristo. En esa situación se encuentra el monje de nuestro monasterio: espera la llegada del Reino –pero todavía no ha llegado–. No obstante, como María Magdalena y la otra María, no participa en el juego de la historia –ya está aparte–.

Una y otra María “contemplan y resisten en un gesto de desesperación y de inasequible serenidad, es decir, de Libertad” (205). El monje de Armando Pego, desde su celda, se encuentra distanciado pero también en contacto con el mundo, mirando hacia lo abierto en el páramo, en un gesto de libertad y de resistencia frente a la barbarie, dedicado a una “tarea que no tiene límites” (215), “atento a la belleza del mundo” (219), trabajando para una comunidad de lectores (220) y diciendo “*non serviam*” (13).



This work can be used in accordance with the Creative Commons BY-SA 4.0 International license terms and conditions (<https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/legalcode>). This does not apply to works or elements (such as images or photographs) that are used in the work under a contractual license or exception or limitation to relevant rights.